

“ Mas de los dioses, que propicios siempre  
 “ Nuestras huestes do quiera protegieron,  
 “ No por el dulce amor del alma patria,  
 “ Temerarios la cólera irrite mos.

“ Vengan aquesos hombres ó deidades  
 “ Si los hados, por fin, han de quererlo;  
 “ E impostores ó dioses, de nosotros  
 Muerte cruel reciban, ó el incienso!”

Dijo: y movió con magestad solemne,  
 De oro y piedras el intento cetro;  
 Y caciques, y príncipes, y nobles  
 Callaron, y la junta disolvieron.

Así un monarca que llevaba altivo  
 Do quier su yugo de pesado hierro,  
 Ahora, fascinado se estremece,  
 Se entrega á advenedizos extranjeros.

Así sobre sus sienas la diadema  
 Se desmorona por su mismo peso! . . . .  
 Y un cetro de diamante, entre sus manos.  
 Así se funde, como frágil hielo! . . . .

## CANTO IV.

Por diez veces la perla de los cielos,  
 Astro de paz, cuyo fulgor platea  
 Los seculares cedros de los bosques,  
 De los abismos las lejanas quiebras:

Por diez veces su disco, que apacible  
 La faz amabilísima semeja  
 De un ángel, que vigila por el triste,  
 Desde el cenit de la cerúlea esfera:

Por diez veces, repito, se mostrara  
 A presidir las fulgidas estrellas,  
 Tras dilatadas, misteriosas noches  
 Que tienden espantables sus tinieblas;

Y aquel astro divino, por diez veces,  
 Volvió á mirar de Anáhuac las praderas  
 Sembradas de cadáveres sangrientos  
 Que enrojecían la inocente yerba.

Víctimas desgraciadas! ¡qué se hicieron  
 Vuestro porte gentil, vuestra grandeza,  
 Y aquel brillar de vuestros negros ojos,  
 La javelina al esgrimir tremenda?

¿En dónde están las ricas armaduras,  
Chapas de oro y prefulgentes piedras,  
Que los colores del nitente iris  
Entre plumas finísimas mintieran?

Ah! que estos viles, pérfidos objetos,  
Pábulo han sido de la injusta guerra!  
Ellos armaron del puñal la mano  
Que desgarró vuestras entrañas tiernas!

Ellos, allende dilatados mares,  
Alzaron de exterminio la bandera,  
Que do quier tremolara la avaricia,  
Llevando en pos la abrasadora tea!

Y vosotras, campiñas deliciosas,  
Donde en el sauce se enredó la hiedra,  
Do el chupa-rosa susurró bebiendo  
Del cáliz de la flor el dulce néctar;

Do, enamorado, salpicó el rocío  
De aljófares la cándida azucena;  
Do alegre el cervatillo cosquilloso  
Triscaba huyendo á la cercana vega:

Qué se hicieron tan mágicos encantos?  
Qué se hicieron delicias tan risueñas?  
En dónde están las pompas de natura?  
En dónde están sus galas, su opulencia?

Ah! todo huyó des que asentó su planta  
Sobre la vírgen, venturosa tierra,  
El hijo corrompido de la Europa  
Matrona impura, cortesana infecta!...

---

He aquí! mirad: del insaciable tigre  
Doquier se ve la ensangrentada huella!  
¿De Yucatan á Zempoala, un rastro  
Todo de sangre que, aun caliente, humea!

Todo es desolacion! todo las llamas  
Lo devoraron, de arrasar sedientas!  
Enemigo el país, ú hospitalario,  
Muerte y perfidia encontraréis doquiera!....

Otra faja de sangre se dilata  
De los postreros muros totonecas,  
A Tlaxcallam, la corte populosa  
De la jóven república, altanera!... .

Allí, escalada la trinchera altiva,  
Tal vez inaccesible con defensa,  
Cuántas víctimas, cuántas, derramaron  
De su sangre la gota postrimera!

Mas ay! que al lado de heroismo tanto  
Se deslizaba la traicion rastrera....  
Y pérfido el senado les vendia,  
Mientras la clava esgrime Xicotécatl!

Ah! Xicotécatl! jóven animoso,  
Tú eres, tú, la excepcion mas bella  
De la traidora, envilecida patria  
Do viste, por tu mal, la luz primera!

Tu nombre brilla en la imparcial Historia,  
Sobre el borron infame de la afrenta,  
Cual brilla, solo, en la enlutada noche  
El reverbero limpio de una estrella!

Sí; que luchaste cual leon invicto  
En desigual, mortífera pelea;  
Y en la tribuna resonó tu acento,  
Del alma patria, siempre en la defensa!

Mas en la pugna sucumbieron, tristes!  
Los que sus fuertes brazos te ofrecieran!  
Y en el senado, tu heroismo, en vano  
Su llama alzara en medio la vileza!

Y de esa patria infiel, que tanto amaste,  
Dejó tambien cabe sus viles puertas,  
En vano, el invasor la odiosa marca  
Siempre de sangre y de brutal fiereza!

En vano, sí; porque tornóse indigna  
En cómplice servil de sus empresas....  
Y fraticida, su puñal sepulta  
En el sencillo corazon azteca!....

= Así, tal vez, al improbo leopardo  
Suele asociarse á dividir la presa,  
Traidor el zorro, y á mansalvo hiere,  
Mientras la postra la implacable fiera!

= Ah! tu patria! tu patria! del Anáhuac  
Raza menguada, maldecida tierra!  
Ella engrosó las impotentes filas  
De un enemigo colosal sin fuerzas!

De un enemigo, que al impulso solo  
De aquellas viles armas tlaxcaltecas,  
Se sepultara entre sus mismas víctimas  
Con su ilegal botin é injusta empresa.

Y blasonó con él del exterminio  
Los crueles pendones! y.... vergüenza!  
Osó poner su vacilante planta  
Donde ántes á mirar no se atreviera!

Con él, cobarde! asesinó en Cholula  
Seis mil víctimas tristes, indefensas, <sup>11</sup>  
Niños, mugeres, débiles ancianos,  
E inermes hombres que favor les dieran.

Con él tambien al arrancar el oro  
A la exánime víctima, sangrienta,  
Sacrílega el cadáver profanaba,  
Vengando en él envejecida ofensa.

Mas de tal vilipendio y tantos crímenes,  
Siempre agravados de la vil bajeza,  
Tambien con él para baldon divide  
La negra mancha de indeleble afrenta.

Y, tú, débil monarca, Motenczoma! . . . .  
¿En dónde está tu magestad inmensa?  
Dó el poderío del invicto cetro  
Que empuña aún tu formidable diestra?

Cómo al influjo mágico que tiene  
De un polo al otro, de las altas sierras  
No se desprenden raudas tus falanges . . . .  
Aquellas huestes ínclitas, guerreras?

Y envuelven en su curso á los traidores  
Y á los viles ingratos,—que las prendas  
Acojen de amistad, que les envías,  
Mientras en tus pueblos su furor se ceba?

Que sedientos de sangre, la una mano  
Mata, destroza y sin piedad incendia,  
Mientras la otra del regalo régio  
Valúa el oro y las hermosas perlas! . . . .

Ah! y tus humildes súplicas desoyen . . . .  
Y alterarán la paz, que dulce reina  
En la infantil Tenochtitlan, que arrulla  
La clara linfa, como madre tierna! . . . .

Pero helos allí . . . . Del Iztacihuatl  
Y el Popocatepétl, que allá descuellan  
Entre las nubes sus gigantes frentes  
Coronadas de blancas cabelleras,

Osan pisar las faldas misteriosas.  
Ya en sus bosques horrisonos se internan.  
El Popocatepétl brama, y su suelo  
Treme al sentir las plantas extranjeras.

Mas el Señor, que de lo alto empuña  
El fuerte rayo, cuya saña enfrena  
Al leve pestañar de su pupila,  
Miró al volcan, y el terremoto cesa:

Aunque allá en sus entrañas cavernosas  
Hierva la lava comprimida, humea,  
Y produce un rugido sufocado  
Al revolver sus encendidas piedras.

E incólumes trasponen las montañas!...  
 El Dios de las naciones lo quisiera!  
 Escrito estaba, y el Señor no borra  
 Lo que su mente divinal decreta.

---

La cándida hermosura de una jóven,  
 Su semblanza de ángel, su opulencia,  
 Y aquel su sonreír, y aquellos ojos  
 Do el dulce encanto y magestad se mezclan.

Y aquella frente que amoroso el zéfiro  
 Mil y mil veces con delirio besa;  
 Y aquel su seno de marfil y rosa  
 Que orlan y embalsaman las violetas;

Y una admósfera mágica de hechizos  
 Al través de la cual se la contempla:  
 Al seductor indigno precipitan...  
 Y entónces, ay de la gentil belleza!

Así Tenochtitlan, jóven incauta,  
 Nunca ostentó sus galas y opulencia  
 Como al fijarla su mirada impura—  
 Quien viene á arrebatarla sus riquezas,

Quien romperá los timbres de su gloria,  
 Y arrancará á sus sienes la diadema,  
 Y el vil puñal sepultará en su seno  
 Cuando sin honra y mísera la vea!

El español atónito la mira,  
 Y unos instantes de su mente aleja  
 Los pérfidos designios, las traiciones  
 Y aun la de oro inseparable idea.

---

Era una tarde: el sol desde su altura  
 Reverberaba en la azulada esfera:  
 En lontananza vívidas las nubes  
 Púrpura y oro por doquier remedan.

Y el sol, y el cielo, y los vapores ígneos  
 En el límpido lago se reflejan;  
 Do entre pensiles, que flotantes vagan,  
 Tenochtitlan angélica, se asienta.

¶ Parece una sultana del Oriente  
 Allá entre colgaduras y entre sedas,  
 Y espejos, y techumbres entalladas,  
 Y rosas, y dulcísimas esencias.

= Mil pórticos de flores en sus calles  
De trecho en trecho con primor descuellan:  
Los tránsitos, doquiera salpicados  
Tambien de flores, el tapiz remedan

Que allá fabrica en el remoto Oriente  
El hijo suntuoso de la Persia:  
Y á los perfumes del jazmin y el nardo  
Mezcla los suyos la gentil mosqueta.

Los caciques, los nobles, los guerreros,  
Los príncipes altivos y princesas,  
Los altos sacerdotes, y, del pueblo,  
Niños, hombres, mugeres y doncellas,

Todo á la vez: las anchas plataformas  
De los excelsos templos, y azoteas,  
Plazas y calles, muros y terrados,  
Todo en confusa multitud lo llenan:

Y las barquillas, de laurel orladas,  
Que en las azules linfas juguetean;  
Y las chinampas, do el gorrion felice  
Alza de amor sus dulces cantilenas.

Entre tanto los hijos de la aurora,  
Aquellos seres que el reposo inquietan,  
Que la mente exaltada ha revestido  
De formas mil, y extravagantes prendas;

De la altiva metrópoli ya tocan  
Las colosales, franqueadas puertas..=  
El mismo Moteuczoma se ha dignado  
Ir hasta allí, en sus andas ó litera,

Do las chapas de oro y los rubíes  
En destellos ardientes reverberan.  
Un rico palio de color purpúreo  
Sobre varas de plata se sustenta.

La que orlaba la frente del monarca  
Tiara imperial, riquísima diadema,  
Era de oro y vívidos diamantes,  
Rosas formando con enormes perlas.

Un manto azul bajaba de sus hombros  
Con brocados finísimos y estrellas,  
Y su peto de plumas recamaban  
La esmeralda, el zafiro, la turquesa.

Del colibrí, las esmaltadas plumas,  
Con ópales formaban las pulseras;  
Y eran de rosicler y oro bruñido  
El airoso coturno y las azuelas. <sup>12</sup>

Los tres príncipes, reyes de Tlacopam  
Acolhuacan é Iztapalapam, llevan  
Tambien tan infinita joyería,  
Y de plumas y oro las cimbras

Tan magníficamente ataviadas,  
Que, de los piés á la gentil cabeza,  
Vestidos de los astros parecían  
Que allá fulguran en la ardiente esfera.

Del español las ávidas miradas  
Chispeantes de gozo centellean;  
Mas disimulan hábiles, y mienten  
La dignidad que encubre la pobreza.

Cortés en pié delante de las andas,  
Dirige una cumplida reverencia  
A Moteuczoma, que á su vez desciende  
De aquel trono portátil ó litera,

Y al semidios se avanza, poseido. . . .  
Como arrastrado de invisible fuerza,  
Y cara á cara personajes ambos  
Se detienen, se miran y contemplan.

Cortés via al monarca, cual la araña  
Mira al insecto que mañosa enreda,  
Y al parecer pacífica acaricia,  
Mientras le prende en la embrollada tela;

O bien cual la serpiente maliciosa  
Que al fascinado pájaro embeleca  
Hasta que el triste, del maligno hábito,  
Se arrastra hácia el reptil, por la influencia:

En Cortés Moteuczoma via un ángel  
Que el hacha sobre él tiene suspensa,  
Y que su trono tornará en cenizas  
Para arrancarle la imperial diadema.

Al cruzar por su mente fatigosa  
Estas lúgubres, prófugas ideas,  
Palidece un momento, y una lágrima  
Deja escapar, que su mejilla quema.

Empero disimula, y á su turno  
Miente la magestad y la grandeza;  
Y el cuitado infeliz, iluso débil,  
En torno mira con semblanza régia.

Y desprendiendo de su cuello mismo  
Un collar de esmeraldas y turquesas  
Dijo al conquistador: "He aquí, Malintzin,  
"De paz y fé las imperiales prendas:

"Si eres mortal, ó un dios de las alturas,  
Como regalo acéptalo—ú ofrenda."  
Cortés calló, ¡sacrílego usurpando  
El nombre del Señor por quien alienta!

Y á fin de remedar de Moteuczoma  
La fina accion y pródiga largueza,  
De frívolo cristal, pone en su cuello  
Frívola sarta de brillantes cuentas. <sup>13</sup>

Condúcenle despues al gran palacio  
De Axayacatl, que al occidente eleva  
Sus torreones del Mexitl famoso,  
Templo de Marte en la nacion azteca. =

Y en tanto que una parte del gentío  
Va en pos del extranjero que se hospeda,  
Otra parte, que vióle de reojo,  
Del soberano permanece cerca.

Y el monarca, y los príncipes y reyes  
En procesion se vuelven—entre perlas,  
Plumas y flores, armas y penachos,  
E incienso, é himnos que el valor recuerdan.

---

En el palacio el extranjero admira  
Las anchas salas, numerosas piezas,  
Y galerías y extendidos patios,  
Y jardines, y fuentes y alamedas.

Y todo suntuoso: construidos  
Eran sus muros de la rica piedra  
Cándida de Tecalco, y sus techumbres,  
Que diez varas se alzaban altaneras,

De madera preciosa, con tallados,  
Como tambien las puertas gigantes:  
Y de alabastro, baños numerosos  
Con mosaicos de conchas las mas bellas.

El español, sediento de tesoros,  
Sin embargo de tal munificencia,  
Tal generosidad, y dones tantos,  
Comenzó á fracturar, por donde quiera

Que su codicia vil le sugería,  
Poniendo en obra aun la lejana idea.  
Y halló ¡oh dolor! salones excusados,  
(Rompiendo el muro en tabicada puerta)

Do Moteuczoma cometido habia  
De guardar sus tesoros, la imprudencia:  
Joyas de Axayacatl, su tierno padre,  
Que hacian parte de su gran riqueza. <sup>14</sup>

Se avalanzara á ellos codiciosa  
La ingrata, hospitalada soldadesca,  
Si Cortés, mas prudente, “repartirlos  
En mejor ocasion” no prometiera.

Algunos refunfuñan, y otros lanzan  
Hacia el polvo de oro lastimeras  
Sus miradas.... ó bien á los diamantes....  
Las de todos ardientes centellean.

Cortés reencarga sepulcral sigilo  
A la turba de vándalos ratera;  
Repite la promesa del reparto,  
Y manda luego tabicar la puerta.

Aun no escondia entre las ígneas nubes  
Apolo su dorada cabellera,  
Cuando el monarca, imbécil añadia  
A la debilidad, una bajeza.

Él, que su cetro de inflexible hierro  
Hizo pesar sobre su pueblo.... y, mengua!  
Él, que exigió de sus vasallos nobles  
Sin zandalias llegar á su presencia....

Y sin joyas, ú ocultas bajo el manto,  
Al huésped visitar no se desdeña!....  
Y en el palacio mismo de su padre,  
Do aquella sombra vagará sangrienta!....

Iban en pos cien pajes con presentes,  
Que consistian en hermosas telas  
Laboradas con plumas de las aves  
Que allá procrian en las altas sierras.

Y una imágen del sol en oro puro,  
Con otra de la luna, en plata hecha,<sup>15</sup>  
Las dos con el diámetro increíble  
Que produce en contorno seis toesas.

“Toma, Malíntzin,” exclamó el monarca,  
“De amistad fidelísima y sincera  
“Un nuevo testimonio: tú le acoje;  
“Y dignate explicarme, qué incumbencia

“Te trajo á mis dominios, y si al cielo  
“Reconoces por patria, ó á la tierra;  
“Y si es verdad que tu mision es, sangre!  
Sangre y desgracias derramar doquiera!”=

“Emperador altísimo, mi patria,”  
(Cortés ruborizado le contesta)  
“No es el cielo, que es patria de los ángeles,  
“Y paraíso do mi Dios impera;

“Pero obediente á su mandato excelso,  
“Vengo á plantar la salvadora enseña,  
“Signo de paz, en las sangrientas aras  
“Do sus falsas imágenes veneras.